

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 14 de Julio de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 469

Bebamos siempre en las fuentes puras

Breve es el Evangelio que en la Dominica VII después de Pentecostés (en el día de mañana) se lee en la Misa; pero muy práctico y de aplicación perenne a todos tiempos; y si cabe más en los presentes.

«Guardaos, dice Jesucristo, de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestidos de ovejas y dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos... Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

Así, pues, por los frutos los conoceréis.» (San Mateo, VII-15 y siguientes).

¿Quiénes son los falsos profetas, que a nosotros vienen vestidos de ovejas y dentro son lobos robadores? Porque no aparecen con su propia piel esos lobos, ni enseñan sus uñas y dientes sino disfrazados de inocentes corderos y de esta suerte fácilmente se introducen en el rebaño y hieren y mata y hacen riza según cumple a su cruel naturaleza y modo de ser. Pues bien; esas alimañas traicioneras son los falsos apóstoles, los falsos predicadores y redentores, los falsos maestros, el periódico malo y aun los indiferentes en religión, el libro impío, la novela pornográfica, el amigo que trata de retraernos de la santa fe católica.

En tiempo de Jesucristo eran esos falsos profetas los Escribas y Fariseos; y en nuestros tiempos menudean y se legion los herejes disimulados e hipócritas, y los maestros del error que con las más refinadas artes del disimulo, con la más supina ignorancia o con la osadía más obstinada, siembran el error y arrebatan la fe y el amor de la Madre Iglesia Católica a tantos incautos fieles.

Como se ve, ya tuvimos ocasión de indicar en el artículo anterior, en este mismo Semanario, son muchísimos y variados los tipos de esos lobos con piel de ovejas; porque entra en los planes y táctica de herejes, impíos y gentes descreídas presentarse con variados y seductores disfraces.

Vamos a decir dos palabras, ya que el espacio de que disponemos es breve, acerca del tipo por excelencia de

nuestra época, el más abundante y pernicioso, a no dudarlo, esto es el periodista y el periódico encubiertamente sectario.

Estos periodistas y periódicos, pese a sus disimulos, no pueden menos de dar sus frutos: sea por ligereza, inconsideración o malicia deslizan falsedades a mansalva en sus escritos. Son los fariseos de hoy que engañan al pueblo con capa de civilización, de libertad, de fraternidad, de democracia, de progreso, de bienestar futuro y con mil otros embalecos que no pasan de ser bellas palabras. A veces por citar algún rasgo, invocan la honradez y la justicia, aplauden a tal cual escritor católico, cuanto más inofensivo mejor; ponen en las nubes las fiestas benéficas y las asociaciones de esta índole ante todo las más mundanas y hasta masonicas; una poesía piadosa, una fotografía de un Prelado allá muy retiradita a fin de que sobresalga el retrato de la bailarina o cómica descocada, hasta se glorían de ser tan católicos como el más ferviente hijo de la Iglesia. «Y ¡ay! de nosotros, exclama un escritor, si gritamos contra estos lobos, llamándolos por sus nombres.» Se diría que los lobos éramos nosotros, pues aullábamos y mordíamos: siendo así que las ovejas de Cristo deben ser mansas, nosotros con nuestra intolerancia queremos introducir la división en el rebaño de la Iglesia. «Pero el avisado lector debe clasificarlos y tratarlos como lobos hambrientos cuyo fin se cifra en comer, allegar suscripciones y hacer poco o ningún aprecio de los intereses de la religión y gloria de Dios que relegan a segundo o último lugar, cuando Cristo Jesús nos ordena que busquemos ante todo el reino de Dios y su justicia y sienta categóricamente la intimación de que el que no está a su favor está contra El.

No nos objetan que prohibimos la lectura de periódicos que no están excomulgados por los Obispos; porque además del consejo de Jesucristo que nos dice: «guardaos de los malos profetas, está el código canónico, que manda no se lean los periódicos y libros que combaten la religión y buenas costumbres, está el derecho natural y divino que condena el peligro de pervertirse y perder la fe, como se evita el alimento sospechoso. No bastan buenas palabras ni la fe a medias para entrar en el reino de los

cielos a tenor de las postreras frases del Evangelio a que nos referimos y son estas: «No todo el que dice Señor, Señor» entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos; ese entrará en el reino de los cielos. ¿Quiéren los católicos preservar intacto el tesoro de una fe íntegra y pura, y no perder la valentía ni exponerse a errar en el criterio sobre moral y religión? Pues lean los periódicos católicos verdaderamente tales y no entren en sus casas si no es los diarios, semanarios y libros que estén matriculados con el sello único segurísimo, o sea la censura eclesiástica.»

X.

A la Virgen del Carmen

Tuyo soy, Reina excelsa, desde niño mi santa madre me enseñó a invocarte, y al pronunciar tu nombre con cariño, formó mi corazón para adorarte.

Cuando después, al penetrar del mundo los engaños y falsas seducciones, en mil azores y en pensar profundo, se agita el corazón en sus prisiones, me da valor tu nombre sacrosanto que con delicia pronunció el Eterno, ante el cual tiembla y huye con espanto el genio de la muerte hasta su averno.

Con noble orgullo ostento, Madre mía, tu gloriosa divisa del Carmelo y con ella abrazado, el pecho ansía entrar feliz en la mansión del Cielo.

Ese es sólo mi afán, Madre querida, por eso vivir quiero para amarte, por defender tu nombre dar mi vida y emparar con mi sangre tu estandarte.

H. G. O. O.

El triunfo de la Santa Cruz

Cuando ha bajado tanto el patriotismo de nuestra Nación, que los extranjeros llegan a decir que los españoles no aman a su Patria; es buena ocasión para recordar algunos pasajes de nuestra Historia, en que brillan juntas la grandeza de nuestra Religión y la de nuestra Patria.

Desconocida puede llamarse ya la fiesta que celebra la Iglesia española el 16 de Julio con el título de *Triunfo de la Santa Cruz*, porque son relativamente pocos los que tienen noticias de ella.

Verdad es que todos los que han saludado la historia patria, conocen la batalla de las Navas; pero los más la conocen como se la propusieron los escritores modernos, como una acción gloriosa de las armas españolas, y no como un hecho más glorioso aun para la Religión que fué como el alma de aquella gloriosísima victoria.

Dejando, pues, ciertos criterios sospechosos para los católicos, más benévolo con los moros que con los cristianos y siguiendo el sano juicio de los autores antiguos, hemos de reconocer que la batalla de las Navas es un verdadero triunfo de la Santa Cruz que dió la victoria a nuestros heroicos vencedores.

En efecto: el rey don Alfonso VII de Castilla, creyó que dado el estado en que la nación se hallaba, si se conseguía que se juntaran en una acción común todos los cristianos, podrían luchar con ventaja contra el moro Mahomed Miramamolín, insolente con las victorias pasadas y con los refuerzos recibidos de Africa.

Y como el rey Alfonso era no menos católico que prudente, y esforzado, adoptó el medio único que podía darle el resultado apetecido; que Dios con su providencia estuviera de su parte. Para esto envió un mensaje al Papa Inocencio III con el fin de solicitar los beneficios espirituales de una cruzada, para todos los que militan en aquella grande expedición.

El Sumo Pontífice no solamente concedió a los que fuesen a pelear contra los moros, todas las gracias e indulgencias que concedían a los cruzados para Tierra Santa, sino que hizo publicar por toda la cristiandad las blasfemias del moro contra la Santa Cruz, exhortando a los fieles a que imploren el favor del cielo con sus oraciones; y el mismo Papa concurrió descalzos los pies, a las procesiones que se hicieron en Roma para alcanzar la victoria de las armas cristianas.

La voz del Papa resonó y halló eco en todo el mundo y de todas partes acudieron a la guerra: de Francia, Inglaterra, Alemania.

El 21 de Junio de 1212 llegó a Toledo el rey D. Pedro de Aragón con su ejército de aragoneses y catalanes, de veinte mil infantes y tres mil quinientos jinetes.

Dispuesto y aprovisionado todo el ejército se puso en marcha. Mas cuando se acercaba el día de comenzar las operaciones los extranjeros se acobardaron, y alegando el temor de los calores y de las enfermedades a que darían lugar huyeron cobardemente a sus tierras; porque Dios quería dar la victoria a solos los españoles.

Alguna turbación causó esta defección en el ejército; pero la llegada del